

Arqueología e Historia del Centro de México. Homenaje a Eduardo Matos Moctezuma*

Arqueología e Historia del Centro de México es resultado de las Jornadas Académicas en honor del profesor Eduardo Matos Moctezuma, que en 2003 se realizaron en el Museo Nacional de Antropología, auspiciadas por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Harvard. Sus 664 páginas reúnen contribuciones de más de cuarenta especialistas, merecido reconocimiento a una de las figuras cimeras de la arqueología mexicana. En el texto de presentación Leonardo López Luján, David Carrasco y Lourdes Cué (coordinadores de esta importante obra) explican que las ponencias no constituyen un conjunto misceláneo de artículos inconexos. En sentido diferente, las aportaciones se articulan en torno a dos ejes temáticos: las áreas de los estudios mesoamericanos en las que Matos Moctezuma ha realizado sus más relevantes reflexiones, y la arqueología e historia del centro de México. A semejanza de una composición operística,

* Leonardo López Luján, David Carrasco, Lourdes Cué (coords.), *Arqueología e Historia del Centro de México. Homenaje a Eduardo Matos Moctezuma*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2006, 664 pp.

los paradigmas, ordenamientos factuales, hipótesis, exploraciones metodológicas y conceptuales integrados en la obra, devienen compleja y rica polifonía en la que las distintas voces poseen independencia rítmica y melódica, en equilibrada mezcla de registros y tonos. Desde luego, en el limitado espacio de esta reseña parcial no es posible comentar las 44 valiosas contribuciones (escritas en español e inglés) que integran este libro excepcional.¹ Las breves observaciones vertidas a continuación han sido preparadas a vuelo pluma; de ningún modo pretenden ser un inventario analítico.

Sergio Raúl Arroyo esboza la biografía intelectual de Matos Moctezuma vinculándola, con razón, al derrotero institucional del INAH. Perfilas así “el encade-

¹ Además de los autores aquí mencionados, el libro incluye artículos de B. de la Fuente, D. Grove, R. Cabrera Castro, S. Sugiyama, K. A. Taube, A. G. Mastache, R. Cobean, R. García Chávez, J. R. Romero Galván, J. A. Barrera Rivera, R. Barrera Rodríguez, A. I. Aveni, C. J. Garza González, S. Guillein Arroyo, X. Chávez Balderas, F. Sodi Miranda, I. de la Cruz Laina, J. A. Román Bellereza, A. González Olivier, A. Torre Blanco, D. Sierra Carrillo, A. Montúfar López, N. Valentín Maldonado, B. Zúñiga-Arellano, A. Velásquez Castro, E. R. Melgar Tisoc, I. Athié Islas, M. L. Gallardo Parodi, F. Solís, M. Carmona Macías, E. Hill Boone, F. A. Carrisoza Montfort, M. Castro Leal Espino y E. Pasztory.

namiento azaroso o predeterminado de infinitos y pequeños sucesos, desordenados y sorprendentes como la vida misma” (p. 17). El texto responde la pregunta que María Teresa Uriarte formulara en la alocución con la que inauguró las referidas Jornadas Académicas: “¿Hubiera podido nuestro homenajeado llevar a cabo la trascendental obra de rescate y conocimiento de las culturas prehispánicas si no existiera el Instituto Nacional de Antropología e Historia?”. En siete apuntes, Arroyo se asoma a la vida familiar del homenajeado; perfila su formación profesional articulada a específicos contextos, como fue el caso del Proyecto Cholula (“puente entre dos maneras de pensar la arqueología”, p. 19). Explica la influencia que la obra de Manuel Gamio ha ejercido en Matos Moctezuma, e identifica “las tres grandes obsesiones en torno a las cuales ha escrito su vastísima obra, que hoy suma 400 fichas bibliohemerográficas: el tema de la muerte en el México prehispánico, el de la cultura mexica y el de la historia de la arqueología” (p. 21). Esta importante contribución se articula con la detallada semblanza académica y el puntual registro bibliográfico preparados por Lourdes Cué, y con el emocionado comentario de David Carrasco en torno a las acciones del homenajeado que posibilitaron la organización de “una nueva comunidad para estudios sobre Mesoamérica” en la Universidad de Colorado (p. 24).

Las esculturas antropomorfas y los cultos de la élite en Teotihuacan, son examinados por Leonardo López Luján, Willian y Bárbara Fash, Laura Filloy y Pilar Hernández, en un ensayo colectivo. Exploran la compleja articulación entre las imágenes y el campo del poder, en particular la iconoclasia, identificada por los autores “más allá de los ‘casos’ aislados de agresión vandálica”. De acuerdo con su autorizada opinión: “Resulta claro que, en Teotihuacan, la desacralización de las imágenes y de los lugares en que eran veneradas formó parte de una estrategia llena de sentido” (p. 191). En una perspectiva analítica que entiende la arqueología como disciplina que, en función del método comparativo, puede trascender los marcos pretéritos, los autores observan que “la devastación que vivió la gran metrópoli mesoamericana viene a sumarse a tantos movimientos iconoclastas de la historia universal” (*idem*). De tal manera, siguiendo a Darío Gamboni, mencionan la Pelea de las Imágenes en Bizancio; la destrucción de los símbolos del Antiguo Régimen durante la Revolución francesa, la caída del Muro de Berlín, la toma de Bagdad por las tropas imperiales norteamericanas en 2003, etcétera. Para el caso de México refieren la mutilación de las esculturas olmecas; la destrucción de “ídolos” durante la Conquista, así como la demolición de conventos durante la Reforma. Incluyen también los festejos iconofóbicos promovidos por Garrido

Canabal en Tabasco, a los que pueden sumarse los que organizara en Veracruz Adalberto Tejeda, y la agresión al Hemiciclo de Juárez realizada por la Unión Nacional Sinarquista y el Partido Acción Nacional el 23 de diciembre de 1948. En efecto, como advierten los autores, “la iconoclasia es un fenómeno multiforme e irreductible: engloba conductas disímbolas con móviles, propósitos, protagonistas, acciones, blancos y resultados igualmente diversos” (*idem*).

Las recientes investigaciones realizadas por Jeffrey R. Parsons en el Lago de Texcoco evidencian la importancia de los recursos acuáticos en la subsistencia de los aztecas. El hallazgo de una ofrenda ritual intacta (así como vestigios de otras) fundamenta sus planteamientos respecto a la significación de dichos recursos en la ideología prehispánica. En este texto paradigmático que plantea pertinentes interrogantes metodológicas, Parsons suma a los resultados de sus pesquisas los aportes previos de otros notables estudiosos (Armillas, Gibson, Rojas Rabiela, Serra Puche, entre otros).

William T. Sanders se ocupa de la arqueología e historia del Templo Mayor en un artículo con marcado sentido evaluativo y prospectivo. La combinación de los datos que proveen las investigaciones en tales campos disciplinarios, permite al autor plantear interesantes conclusiones en torno a los usos y funciones al interior del recinto

sagrado (p. 302). Con énfasis metodológico, Sanders plantea como un tópico central en futuras investigaciones, la integración de las creencias y prácticas religiosas aztecas en la vida política y social.

Requeriría de mayor espacio para comentar en detalle las múltiples pistas y claves heurísticas que proporciona el artículo de Alfredo López Austin, referido al “núcleo duro” de la cosmovisión Mesoamericana, y al complejo mítico vinculado al nombre de Moctezuma, *Montezuma*, *Montizon* o *Santosoma*. Esta polisemia denotativa refiere a un complejo ámbito sagrado y mesiánico que (con su proverbial agudeza analítica) López Austin compara con el mito andino de Inkarrí que, en sus diferentes versiones, “posee elementos que lo aproximan [...] al dios *Montezuma* y sus hazañas” (p. 358). Las reflexiones del autor se fundamentan en el manejo de paradigmas, planteamiento que ha reiterado en otras valiosas contribuciones. Así, observa con razón, que: “El paradigma cosmológico puede considerarse como un recurso heurístico destinado al estudio de los elementos perdurables de una cosmovisión” (p. 361).

En su contribución Henry B. Nicholson acota algunas de sus reflexiones anteriores respecto a las deidades de la muerte, tema capital en su vasta bibliografía sobre la cultura azteca. Analista sobresaliente de la iconografía y de las expresiones estéticas

del México antiguo, subraya su punto de vista respecto a que “el estilo final de la escultura de piedra en el México Central Prehispánico Tardío [...] califica definitivamente como uno de los más impresionantes logros del arte escultor de cualquier civilización [...] en la historia mundial” (p. 384).

Yolot González Torres examina la función de la danza entre los mexicas destacando su importancia en todos los aspectos de la vida social. En tanto “forma de actividad física ancestral”, indica la autora, la danza “fue manipulada por la élite en el poder, tanto en el nivel de los señores con sus *macehuales*, como en el estatal de las grandes fiestas” (pp. 445-446). Desde la amplia plataforma analítica de sus anteriores estudios sobre la sociedad mexicana, González Torres analiza el entramado político, religioso, económico, de las expresiones dancísticas en el marco del calendario ritual y de las actividades recreativas.

La contribución de Guilhem Olivier es acuciosa y sugerente. Plantea una nueva interpretación del simbolismo de las espinas y el zacate (ligadas al autosacrificio en el México central posclásico). Partiendo de un detallado examen iconográfico de los *zacatapayolli* (“ovillo de zacate”) confirma el vínculo de éstos con Tlacatecuhtli y en particular con las cuevas. La presencia de símbolos ígneos en los *zacatapayolli* (debatida por Selser y Caso) lleva al autor a establecer que: “Las espinas,

equivalentes a flechas aparecen como símbolos de guerreros sacrificados”. Recordando la equiparación de la guerra con la sexualidad en la cosmovisión mexicana, sugiere que el humo que sale de los *zacatapayolli* podría compararse “al acto sexual entre los guerreros muertos y la Tierra” (pp. 416-417). Olivier conduce sus análisis a planos de mayor complejidad, y especial interés; explora el amplio espectro simbólico en relación con el cerro Zacatepetl y con la vagina telúrica.

En un artículo revelador Jiménez Badillo aborda el análisis espacial de las ofrendas rituales en el Templo Mayor por medio de “gráficas de proximidad”. Sustenta su enfoque en la noción de *vecino relativo* que “expresa la idea de que dos puntos pueden tener una relación significativa a pesar de no ser los más cercanos entre sí” (p. 459). Este concepto se aplica, de manera principal, a “mostrar la forma o estructura dada la posición relativa de todos sus elementos en el espacio” (*idem*). Adaptado a la naturaleza contextual de la investigación arqueológica, el referido procedimiento analítico pretende “no depender de juicios subjetivos al identificar asociaciones significativas” (p. 469). Este método morfológico permite detectar las similitudes entre las ofrendas (estableciendo patrones), paso previo para descifrar su significado con el auxilio de fuentes iconográficas y documentales.

Los límites de este apunte impiden comentar con detalle el alcance de las reflexiones formuladas por Miguel León Portilla respecto a la significación que los pueblos mesoamericanos otorgaban a los registros de su pensamiento y de su palabra. De acuerdo con el planteamiento del autor, “no sólo desarrollaron varias formas de escritura que consignan en distintos soportes, sino que también tuvieron conciencia de los significados y valor de esa creación cultural” (p. 596). El ensayo motiva diversas interrogantes en los planos de la filosofía de la cultura (que en nuestro tiempo refiere al diálogo intercultural), más allá de las trampas de la modernidad proyectadas desde las metrópolis hegemónicas. Este texto certifica la enorme distancia temporal y cognoscitiva que, afortunadamente, nos separa de la sentencia de Kant en torno a la “incapacidad de civilización” de los amerindios, tesis etnocéntrica que Hegel llevara a planos de mayor inconsistencia en sus *Lecciones de Filosofía de la Historia Universal*.

Como sucede en todo libro trascendente, *Arqueología e Historia del Centro de México...* motiva el interés desde sus primeras páginas. Su lectura es sinónimo de aprendizaje; siembra nuevas dudas y conduce al descubrimiento de nexos entre temáticas aparentemente disociadas. Estimo que la incorporación de uno o varios artículos centrados en el análisis de las premisas

teóricas que han configurado el pensamiento social de Eduardo Matos Moctezuma, hubieran redondeado los alcances de esta obra. Más allá del comentario circunstancial, este plano fundamental del quehacer intelectual del homenajeado debió examinarse a profundidad. Cabe recordar, a propósito, que en un artículo dedicado a la revisión de las tendencias de la arqueología en México, Matos Moctezuma observó que ésta “ha sido las más de las veces, una disciplina carente de una referencia teórica y metodológica definida, lo que ha llevado a actitudes parciales en las que se pierde de vista el todo social [...]”²

La pertinencia de esta obra es evidente. Más allá de la *mercadotecnia académica* empeñada en valorar los logros cognoscitivos con base en la pertenencia a determinados círculos intelectuales, Eduardo Matos Moctezuma ha demostrado que su “ser” es un “hacer”; un “hacerse a sí mismo”, trascendiendo los vacíos protocolos que pretenden suplantar las contribuciones científicas con togas y títulos. Lo ha logrado cimentado en un pensamiento capaz de conjurar la seducción de los “ismos”; flexible, sin dogmatismos, inspirado en premisas dialécticas y en propósitos interdisciplinarios.

² Eduardo Matos Moctezuma, “Las corrientes arqueológicas en México”, *Nueva Antropología*, México, 1979, año 3, núm. 12, p. 7.

Sustentado en el vasto campo de la antropología ha desarrollado interrogantes y preocupaciones filosóficas que lo ubican como un humanista, en la plena acepción de la palabra.

Félix Báez-Jorge
Instituto de Investigaciones
Histórico-Sociales,
Universidad Veracruzana